

CASTELLANOS, JUAN DE (1522-1607)

ELEGÍA IX

*A la muerte de Diego de Ordaz, donde se cuenta la gran entrada que hizo
por el río de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas*

CANTO PRIMERO

Aunque parezca seco despidiente
No proceder aquí más adelante,
Determino volver más al oriente
De Paria y a la tierra circunstante,
Para tratar de Ordaz y de su gente,
De quien pretendo dar razón bastante,
Pues del honor más alto de los buenos
Al Ordaz se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales
Del reino de León, y en Nueva-España
Fue de los capitanes principales
El de mayor valor y mejor maña;
En las islas sus hechos fueron tales,
Que cada cual se vende por hazaña,
Y así Cortés por su merecimiento
Le dio grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,
No menos honorosa que crecida,
Y a pretensiones otras se convierte,
Que fue cierta región muy estendida:
Catisa para morir angosta muerte,
Cuando pudo gozar más amplia vida;
Y para se mover a la carrera,
El negocio pasó desta manera:

Había dado largas relaciones
El ambición, que todo lo revela,
De las engrandecidas poblaciones
De Paria hasta el mar de Venezuela;
Y no fueron mentiras ni ficiones,

Ni saborcillos vanos de novela,
A hallar el Ordaz la tierra sana,
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy más estendida
De lo que por justicia se le daba,
Tenía mucha tierra destruida,
Con cantidad de esclavos que sacaba;
Y con cautelas era defendida
Cualquiera población que se intentaba,
Por no perder aquel vicioso pasto
Con que hacían suntuoso fausto.

Fue reino de grandísima sustancia,
Y señores en el de gran estado,
Fertilidad, hartura y abundancia
De pan, de frutas, carnes y pescado;
Y con ser tan inmensa la distancia,
Paso no se hallaba despoblado,
Potentes pueblos al primer encuentro.

Potentísimos más la tierra dentro.
Esta tierra de próspera templanza,
Que frío ni calor no causan lloro,
Por pueblo, por camino, por labranza,
Pocos indios pudieras ver sin oro;
No mudan en los trajes el usanza,
Pues sola desnudez es el decoro;
Mujeres cubren partes vergonzosas,
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,
Es por la mayor parte bien dispuesta,
De muy bien amasadas proporciones,
Con cierta gallardía no mal puesta:
Diestros en sus guerreros escuadrones,
Para su defensa la mano presta.
El regulado tiro siempre lleno
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,
Y de palma tostada larga janza,
Que suelen menear de buena garra,
No sin golpe mortal de quien alcanza;
Comen algunos destos carne humana
Por vía de pasión y de venganza,

Y aquesta crudelísima comida
Es fuera de sus casas escondida.

No la quieren comer en parte rasa,
Sino donde la gente menos pisa,
Las ollas nunca más entran en casa,
Ni vaso ni cazuela do se guisa;
No se come, sacada de la brasa,
Con grita, regocijo, ni con risa,
Antes parece tal mantenimiento
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordaz por larga lista
Cumplidas y bastantes relaciones
Desta costa, por hombres que de vista
Conocieron aquellas poblaciones,
idió con gran instancia la conquista.
Y diéronsele della provisiones,
Gobierno de grandísimo partido,
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como éste
Le dieron por la costa, recta vía,
Ciento cincuenta leguas l'este, ueste,
Y norte, sur, que fue la travesía:
De mil soldados buenos formó ueste
Con gente principal de Andalucía:
Aderezaron grandes galeones.
Matolaje y otras municiones.

Nombró por general a Joan Cortejo,
Su maestre de campo fue Herrera,
Cada cual de los dos amigo viejo,
Que en Méjico siguieron su bandera;
Entraron capitanes en consejo
Para la prevención de su carrera,
Nombró también con otros oficiales
Por alcalde mayor a Gil González.

Vino también con este caballero,
Pudiendo sosegar con buena renta,
Jerónimo de Ortal por tesorero,
De quien daré también más larga cuenta,
Como quien bien lo conoció primero;
Vivió después en vida descontenta,
El cual sucedió siendo mozo tierno

Al don Diego de Ordaz en el Gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria
Y preparado bien cada navío,
Hicieron su camino hacia Paria,
Principio deste nuevo señorío;
Surgieron en las islas de Canaria
Para tomar allí mejor avío,
Besaron al Ordaz luego las manos
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,
De próspero caudal y rico traje;
Al Ordaz ofrecieron sus caudales,
Sirviéndole con buen matalotaje;
Y con doscientos hombres naturales
Prometieron de ir aquel viaje;
Ordaz acudió con mil ofertas
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando
Por el orden que menos les convino,
El don Diego de Ordaz fue navegando
A la parte do lleva su desino:
Prometiendo de illos esperando
Por puertos y bahías del camino;
Y así para cumplir con su promesa,
A su navegación dio poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza,
Por evitar algunos desavíos,
Del río Marañón hizo mudanza
Y atravesó con todos los navíos,
Algunas veces con desconfianza
De poder escapar de mil bajíos,
Con calmas y grandísimas corrientes,
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordaz escapó con buen consejo,
Y fue donde llevaba los intentos,
Mas no pudo salir el Joan Cortejo
Con otros que pasaban de trescientos,
Sin remedio, recurso, ni aparejo
Para seguir por mar sus movimientos,
Salvo los principales coroneles,
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos a la tierra naufragaron,
Sin dalles sinsabor reventazones,
Y ansí dicen que todos escaparon,
Y entraron por jamás vistas regiones,
Hasta que descubrieron y toparon
Grandes y poderosas poblaciones,
Adonde se huyeron y han valido,
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendían por muy cierta
Muchos que yo traté y he conocido;
Mas es una ficion clara y abierta,
Y cuento para mí desvanecido;
Pues si tal gente ya no fuera muerta
Hubieran a mil partes respondido;
Ansí que no será juicio ciego
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,
O muerta por el indio más vecino,
Ordaz, continuando su jornada
Con piloto que tuvo mejor tino,
Llegó con el restante del armada
A Paria, do llevaba su camino,
Donde Antonio Sedeño ya tenía
Soldados con alguna artillería.

Había hecho cierta fortaleza,
Do quedó Joan González con la gente,
Y para revolver con más grandeza
En Boriquen estaba de presente;
Mas el Ordaz con toda su dobleza
Tomó las municiones al ausente,
Y aun intentó matar al Joan González;
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,
Que prometieron ir tras el armada,
Procuraban venir bien aviados
Para mejor servir en la jornada:
Hicieron luego copia de soldados,
Isleña gente, suelta, bien granada,
Que en peligros ocultos y patentes
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida
Tenían dos fornidas carabelas;
Mas mucho recelaban la salida,
Teniéndolas por algo pequeñuelas;
Y estando ya los Silvas de partida
Vieron un galeón a todas velas,
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venía,
Y dentro dél fue surto y anclado,
Con mucho lienzo, patio, mercería,
De muchas cosas otras pertrechado;
Pues el Gaspar de Silva, que quería
Llevar en su viaje buen recado,
Determinó tomar, por selle bueno,
Aquello que sabía ser ajeno.

Habló con el maestro, que hacía
Haciéndole creer torres de viento,
El portugués ladrón que lo creía
Al delito presto consentimiento;
Dejó las carabelas que tenía,
Y a él pasó las gentes y alimento,
El señor dél, quejoso y agraviado,
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños
Al tiempo que su gente se despacha,
Culpáronlo, demás destes engaños,
Del rapto de Isabel, linda muchacha;
La cual yo vi morir ha pocos años
En el pueblo del Río de la Hacha,
Casada ya con hijos y con nietos,
Que están ayunos hoy destes secretos.

Apercebidos pues por la manera
Que sus crueles hados señalaban,
Prosiguieron los Silvas su carrera
Con los doscientos hombres que llevaban:
Vieron el Marañón y su ribera,
Mas no vieron los males que esperaban,
Y como ya llevaban aparejo,
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pusiese,

Y munición en él algo sumaria,
Al galeón mandaron que se fuese
Luego por alta mar vuelta de Paria;
Y que Gaspar de Silva recorriese
La costa con la gente necesaria,
Porque por algún seno y anconada
No quedase la gente dél armada.

Van en el galeón por principales
Un Francisco Morillo y un Briones,
Bartolomé González, Joan González,
Hermanos del que va por los ancones:
Entre estos, como no fueron parciales,
Hubo ciertas revueltas y pasiones,
Y con el sinsabor que voy diciendo
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuación de su jornada
Fuera de toda buena coyuntura,
Llegóseles la hora deseada,
Deseo de su cierta sepultura;
Porque vieron las naos y el armada
Donde no les darán arma Segura:
Hacen la salva de una y otra suerte,
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones
A Gil González de Ávila noticia
De todas las pasadas sinrazones,
El robo, la violencia, la malicia;
El cual mandó hacer informaciones,
Prosiguiendo la causa por justicia:
Resultaron al fin de los procesos
Delitos de grandísimos escesos.

Degollaron aquestos dos hermanos
Con voz de pregonero que resuena
Culpas y fealdades de tiranos,
De que se recibió crecida pena;
Y por factor de hechos inhumanos
Al piloto colgaron del entena;
Quedó también a muerte condenado
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,
Haciendo prolijísimo rodeo,

Su desastrada muerte deseando,
Sin saber ser aqueste su deseo.
¡Oh cuantos deseaban deste bando
Podelle dar noticia del torneo!
Mas por ninguna vía fue posible
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía
De ver la flota muy regocijados,
Fue día de San Joan aqueste día,
Remate de sus días mal gastados,
Año de treinta y uno que corría
Sobre mil y quinientos ya pasados,
El viene con placer soltando tiros,
Y acá lo solenizan con sospiros.

Bien como caminante congojado
Que cercano se ve de su reposo,
E yendo para el regocijado
Con un vivo fervor y presuroso
Lo ve por todas partes ocupado
De mortal enemigo y odioso,
Y el gusto de la cama y de la cena
Fue hambre, cepo, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,
Bien por este nivel y desta suerte,
No ve sino señal de descontento
Do quiera y a do quier que se convierte:
Halló dura prisión, halló tormento,
Halló terror, dolor y cruel muerte.
¡Cuántos sospiros, lágrimas, sollozos!
¡Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura
Día del Gran Bautista soberano,
Admirose de ver tanta tristttra,
Y no ver por allí ningún hermano:
Reconoció su grande desventura
Desque con gran rigor le ponen mano,
Hácenlo confesar, y en poca pieza
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas
Se herían los pechos y los cuellos,
Costanza de León tiene deshechas

Mejillas y estragados los cabellos:
Haciendo más patentes las sospechas
De carnal amistad con uno dellos:
Enterrólo clamor que rompe el aire
En la isla que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales,
Ordaz con tai rigor cual os enseño
Deseaba matar A Joan González,
Alcaide de la fuerza de Sedeño,
Mas por mano de indios naturales,
Porque el delito no tuviese dueño:
Mandólo pues llamar en continente,
Y dicen que le dijo lo siguiente:

"Yo, señor Joan González, tengo gana
De saber por entero la pujanza
De la tierra que dicen de Guayana,
Sus sitios, poblaciones y templanza;
Y por no me fiar de gente vana
Quiero hacer de vos la confianza:
Es menester que hoy en este día
Os partáis sólo con alguna guía.

"Porque do muchos van hacen ruido,
Que no comportará gente guerrera;
Un hombre solo menos es temido,
Y puede bien pasar por donde quiera,
Mayormente quien es tan conocido
Y amado como vos desta frontera:
Y visto bien lo que la tierra tiene
Vernéis, e yo haré lo que conviene."

Estos mandatos duros y tiranos
El Joan González bien los entendía,
Pero por escaparse de sus manos
Luego le respondió que le placía:
Conociendo por menos inhumanos
Los indios que su mala compañía;
Al fin partió con ciertos naturales
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto
Y orden de cautela semejante
Fue después de salidos deste puerto,
E ir por Uyapar más adelante

En un pueblo, Carao; y es lo cierto,
Según tenemos relación bastante
Hecha del capitán Joan de Avendaño,
Que siempre Fue testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,
Por ser estos intentos muy ruines,
Ordaz mandó hacer la gente presta,
El galeón, la fusta, bergantines,
Y con pregones muchos manifiesta
Entrar por Uyapar y sus confines,
Río potente, mas de fruto poco,
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente
De todas armas bien aderezada:
Quedó por capitán y por teniente,
Por ser persona bien acreditada,
Martín Yáñez Tafur, que es de presente
Vecino deste reino de Granada,
El cual gobernó bien la gente nueva
Y dio de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo
A Domingo Velásquez el mafioso,
Entre los de Cubagua muy antiguo:
Insigne capitán y valeroso,
A quien yo tuve siempre por amigo
Gozando ya de paz y de reposo;
Llevo también para que fuese guía
Un indio que Taguato se decía,

Capitán arüaca señalado
Y por aquellas tierras peregrino,
El cual pareció bien haber entrado
Más de quinientas leguas de camino:
indio valiente, diestro y avisado,
De muy buena razón, poco ladino,
Mas Domingo Velásquez entendía
La mayor parte de lo que decía.

Son arüacas de valientes manos.
Tiene su tierra nobles influencias,
Y son todos amigos de cristianos,
Con buenas obras, gratas apariencias:
Con caribes crueles, inhumanos,

Tienen cotidianas competencias,
Y cuando con mayor fuerza se muerden,
Los ariúacas pocas veces pierden.

Con esta prevención y bien avío,
El Ordaz con su gente castellana
Entraron por aquel potente río
Forzados unos y otros muy de gana:
Por él a remos va cualquier navío,
Atoas la gran nao capitana,
Llevando siempre cable sobre cable.
Trabajo de rigor intolerable.

Y así por trabajar en travesías
Perecían los hombres por momentos,
Tanto que en breve número de días
Al río fueron más de cuatrocientos;
Y cuanto más crecían las porfías
Tanto más desprecian alimentos,
Murciélagos, mosquitos y otras plagas
Los infestaban con crüeles pagas.

Malos y encancerados embarazos
Ocupaban cualquiera mordedura,
En los pies, en las piernas, manos, brazos
Viérades lamentable desventura:
Caíanse los miembros y pedazos
No podía hallar médico cura;
Y con ser el volver tan importante,
Procuraron de ir siempre delante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,
Eran los tiempos ya tempestuosos,
Anegados los campos y zavas,
Los esteros venían rigurosos:
A las tardes y noches y mañanas
Los empapaban nimbos procelosos,
Y con estas congojas y pasiones
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fue de gran gentío,
Que sobre las barrancas iba puesto,
Del cacique Uyapari señorío,
En las calles y plazas bien digesto,
Y de donde nombraron este río
Los españoles que hallaron esto,

Del cual fueron entonces recibidos
Y razonablemente proveídos.

Aquí, por ser lugar más conviniente,
El que tenía cargo del gobierno
Determinó de reformar la gente
Hasta pasar las furias del invierno;
Y aunque porque se sentía mal doliente
El viejo baquiano y el moderno,
Anclearon arriba muy lejana
Aquella grande nao capitana.

Cuando se padecían estos males
Y plagas por la gente castellana,
Andaba peregrino Joan González
Por aquellas provincias de Guayana:
Donde todos los indios naturales
Lo recibieron muy de buena gana,
Con caricias, regalos, beneficios,
Con dadivas, presentes y servicios.

Regalado se ve: mas todavía
Con santos y católicos respetos
Consideró que no le convenía
Estar entre salvajes indiscretos:
Ajenos de cristiana policía
A cultos diabólicos sujetos;
Y aunque no se librase de sus manos,
Quería más morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida
Con todo lo demás que determina,
Y fue su voluntad obedecida
No menos que si fuera la divina:
Siguiéronlo con copia de comida
Hasta ver la más gente peregrina,
Por esteros, lagunas y otras aguas,
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta
De lo seguir por ser hombre bien quisto,
De la suerte que ya se representa
A su navegación se hizo listo,
En busca del Ordaz por dalle cuenta
De lo que le mandó y había visto;
Fueron pues por el río su jornada

Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente
Y en ellas el gentío bien armado,
Mandó Diego de Ordaz incontinente
Que todos se pusiesen a recado:
Maravillóse luego grandemente
Después que Joan González fue llegado,
Porque por ser rigor tan escesivo
Ningún hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con gradísimas razones;
Y el Joan González dio de su jornada,
Verdaderas y ciertas relaciones
De tierra que halló bien asombrada:
En ella poderosas poblaciones
Y cuanto mas adentro mas poblada;
Y aunque la relación no fue liviana,
El Ordaz la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno
Ni aun siente della mal el baquiano,
Pues en tan larga tierra y ancho seno
(Eso me da de sierra que de llano)
Debe de haber algún pedazo bueno
Que hasta nuestros tiempos está sano,
Por ser entrada larga trabajosa,
Y en sus primeros límites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes
Siguieron la demanda como cierta,
Y por muertes, desgracias y desmanes
Casi que se volvieron de la puerta:
Felipe de Utén por los alemanes
Trabajó por hacella descubierta,
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,
Y Orellana contó cosas de sueno.

Después Jiménez, capitán preciado
Hizo desde este reino la jornada,
Hermano del señor adelantado
Don Gonzalo Jiménez de Quesada:
El cual agora vino del Dorado,
Que es la misma demanda señalada,
Perdidas sus haciendas y caudales
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pío
El heredero de su testamento,
Y sucesor Antonio de Berrío
En sus haciendas y repartimiento;
El cual con discreción y buen avío
Quiere seguir aquel descubrimiento,
Y cierto su valor nos asegura
Que tiene de dar fin a la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,
Que sirven boy a nuestras compañías
Y tratan y contratan en los llanos
Con sus acostumbradas granjerías,
Refrescan las noticias a cristianos
Que dellos determinan hacer guías,
Llevando las derrotas diferentes
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado
Por ser de más aviso proveídos,
A causa de llover sobre mojado
Con negocios atrás acontecidos:
En muchos que buscando su Dorado
Quedaron asolados y perdidos,
Y del perder algunos en un hecho
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan escelente
Cuanto pudieron ser los más cabales,
A quien los que vivimos de presente
Debemos alabanzas inmortales,
Y de quien trataré más largamente,
Celebrando sus tristes funerales
Por el orden que de presente llevo;
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,
Que de la Margarita se desvía,
Y en ir a la Guayana se señala
Con flota de arüacas que lo guía;
Y dijo que no vido tierra mala,
Antes tal que riqueza prometía:
Fue, cuando tal motivo lo desvela,
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino
En vano parecer determinado,
Para volverse por aquel camino
Al Pirú de do vino desterrado;
E yo le respondí ser desatino
Jamás oído, vista, ni pensado;
Mas él fue todavía donde digo
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,
Vio pueblos con asientos muy amenos,
Descubría caminos y calzadas,
Las cuales prometían anchos senos;
Trajo joyas de oro rescatadas,
Águilas y semíes harto buenos,
Ciertos tiros de bronce que hallaron
Adonde los Ordases invernarón.

Como buenos dineros importasen,
Y falta de los tales necesita,
Para que más al río los llegasen
Ayala con caricias los incita;
Y hizo que en piraguas los llevasen
Aquestos indios a la Margarita,
Do procuró tomallos el tiniente;
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fue la mercancía
Y él, algo levantado de la rueda,
Adonde por entonces presidía
El ínclito Joan López de Cepeda:
Dio cuenta de la tierra do venía
Como quien por ninguno se le veda,
Informó los señores del audiencia
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones
Ordenadas por ley de buen amigo
Para poder entrar estas regiones,
Ansímismo llevar gente consigo;
Vendió las sobredichas municiones,
Las joyas y preseas que ya digo,
Compró muchas camisas y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas

O motivos de grande disparate;
Liadas y compuestas las petacas
Donde llevaba todo su rescate,
Volvió con otra flota de arüacas
Con solos doce hombres de alpargate;
Sería por el año de sesenta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados a Guayana, van entrando
Más de lo que amistad les asegura,
Muchas preseas de oro rescatando
Con algunos resabios de soltura;
Mataron al Ayala y a su bando
Concluyendo balanzas y locura,
Sin dejar a ninguno con resuello
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fue remoto
Serpa, que tentó ir esta jornada,
Pues luego lo mató Cumanagoto
Antes que comenzasen el entrada;
El ejército suyo quedó roto,
Y hizo Serpa tanto como nada;
El oficial será siempre confuso
Usando cosas fuera de su uso.

Tenía Serpa términos honrados,
Apariencias y buenos ademanes,
Pero los que jamás fueron soldados
Dudo poder ser buenos capitanes:
No son aquellos indios descuidados,
Ni tienen los caudillos haraganes;
Ya yo los conocí soldado pobre,
Y sé muy bien cuan bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,
A título de ir este camino,
Con su hijo don Joan, que donde quiera
De crecidos honores era dino;
Alas al principio de la tal carrera
Y deste nuevo reino muy vecino,
Mataron fuertes indios al buen viejo
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines
Con el poco posible que le vemos;

Pero nunca salió de los confines
De tierra que palpamos y tenemos;
Y así pobló los indios matachines,
Que deste reino son los más estremos,
De manera que nunca fue bastante
Para poder pasar más adelante.

Volver a la demanda de presente
Por el Cáceres dicho se procura,
Y él y el dicho Berrío hacen gente
En un tiempo, sazón y coyuntura:
Cada cual de los dos es pretendiente
De poder acabar esta ventura;
Guías llevan y muy buenos arreos:
¡Dios les dé cumplimiento de deseos!

Siguió Pedro de Silva la recuesta,
De la cual por aquí volvió perdido,
Con su poquilla gente descompuesta,
Y dicen nuevamente ser venido,
Y entrar por Uyapar, donde me resta
Volver al buen Ordaz, que detenido
Dejamos con las aguas del invierno
En la parte que dice mi cuaderno:

Donde después que vino Joan González,
Y percebieron bien lo que decía,
Todos aquellos hombres principales
Deseaban seguir aquella vía,
Los motivos de Ordaz no fueron tales,
Y así les respondió que no querría
Sino subir el río con esceso,
Y agora contaremos el suceso.

CANTO SEGUNDO

*Donde se cuenta cómo Diego de Ordaz subió con su armada el río Yyapari arriba,
y cómo volvió perdido y lo que más aconteció hasta su muerte*

Mal pueden caminar siempre seguras
Las muy precipitadas opiniones:
El que deja la luz por ir a oscuras
No se espante que halle tropezones:
Pues suelen semejantes aventuras

Engañar los humanos corazones:
No siempre hizo lance venturoso
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fue de tanto desatino
Ordaz en los ya dichos menesteres,
Pues se precipitaba de continuo
En sus buenos o malos pareceres;
Y más en proseguir aquel camino
Fuera de cuanto puede dar placeres,
Antes las intenciones en que estriba
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los ríos
La mano del invierno más liviana,
Al tiempo que hacía ya desvíos
El agua del convés de la zavana,
Donde nadaban los demás navíos,
En seco se quedó la capitana:
Fuera del Uyapar y circunstancia
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,
A la madre se llegan descontentos;
Y para proseguir su mal viaje
Sonaron rigurosos mandamientos;
Partieron sin tener matalotaje
A tierra toda falta de alimentos;
Gil Gonzáles quedó con los tullidos
En aquestos asientos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,
En la fusta mayor y bergantines,
Españoles doscientos y setenta,
Cuarenta ligerísimos rocines:
Tomó pues con su gente macilenta
Del pueblo de Carao los confines,
El cual distaba del potente río
Una pequeña legua de desvío.

Allí se reformaron los soldados,
Y tuvieron un poco de reposo,
Y después de los dos meses pasados
Volvieron al viaje trabajoso:
Costeando prolijos despoblados
Sin muestra de refugio virtuoso,

Sino pocos y viles pescadores
Que de ningún buen pueblo son cultores.

Gaiquerías y algunos gualnonteyes,
Morenos, altos, buena compostura,
Sujetos a ningún modo de leyes,
Sin labranza, crianza ni cultura,
Suelen tener sus príncipes y reyes,
No para dalles vida más segura;
Pescas y cazas son sus alimentos,
Y raíces de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida más contina,
A un ajo redondo se compara,
De que también la gente peregrina
En sus necesidades se repara:
Ansímismo provee de harina
Otra raíz que llaman caracara,
La cual muelen en cueros de venados
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,
Y toda su vivienda tan sin maña,
Que si comida piden los cristianos
Al tiempo que la hambre más los daña,
Mostrando de maíz algunos granos
Los huelen como cosa muy estraña;
Ninguno dellos cultivó ribera,
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,
No rancho por sus manos fabricado,
Sino ciertos toldillos de tomiza:
Su cama es un cuero de venado
Gastado de arrastrar por la ceniza:
Defiende cada cual varonilmente
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos
En tiempo y en edad más vigorosa,
Aunque no por adonde fueron estos,
Sino por parte menos trabajosa:
Son amplísimos campos mal compuestos
De poca gente, y esa monstruosa;
Ríos que de su curso se despegan

Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,
Y las inundaciones y crecientes,
Inmensa soma es la del pescado
De géneros y modos diferentes,
En ciénegas, en charcos represado,
En los manantiales y crecientes,
El chola, de más de ser tan copioso.
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas.
Guabinas, armadillos, peje sano:
Si se secan aguas ceneguetas
Con los calores grandes del verano,
Acontece sacar entre las grietas
El indio cuanto quiere y el cristiano,
Hacen harina dél cuando se seca,
Sacan mil calabazas de manteca.

Hay también por aquestos despoblados
Y campos tan inmensos y vacíos
Cantidad infinita de venados,
Los cuales son de dos o tres natíos:
Dantas y puercos tan multiplicados,
Que cubren las riberas de los ríos:
Hay tigres, osos, onzas y leones,
Cebados en aquestos ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos
Y de puerco la forma y ademanes:
Inmensa cantidad de cocodrilos,
A quien todos acá llaman caimanes:
Cuya ferocidad y bravos filos
Son causa de grandísimos desmanes,
Pues suelen devorar estas serpientes
Crecidísimo número de genes.

Perseverando pues en sus porfías,
Ordaz por Uyapar contra corriente,
Por sus riberas fue cincuenta días,
Sin que pudiese ver cosa viviente;
Muy fatigadas ya sus compañías
Por no tener comida suficiente,
Hacía sus entradas por los lados;
Pero todos los vían despoblados.

E yendo caminando con el pío
De ver dó rehacer la gente flaca,
La boca descubrió de cierto río,
Bien frecuentada ya del ariüaca:
Y así diz que le dijo: "señor mío,
Este río se llama Caranaca,
Si por aquí hicieres to corrida,
Yo sé que hallarás gente vestida.

Hallarás estendidas poblaciones
Con toda la grandeza que deseas:
Oro, piedras preciosas, ricos dones,
Muy lucidos ropajes y preseas;
Sus ejercicios son contrataciones,
Ansí ciudades como las aldeas;
Es gran provincia, próspera, pujante,
De sal y bastimentos abundante."

En nada destas cosas que decimos
Quiso Diego de Ordaz creer la guía;
Y los hombres antiguos que vivimos
Juzgamos por ventura que decía
Por este reino donde residimos,
Cuya fama muy largo se estendía,
Si acaso no contiene tan gran seno
Algún otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,
Y el espacio y lugar tan estendido,
Que será como dar al Oceano
Un término que fuese recogido;
Y así podría ser a cualquier mano
Otro mejor quedarnos ascondido;
Pues, como tengo ya relación hecha,
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada
Que hizo por los llanos desta tierra
Don Gonzalo Jiménez de Quesada,
No sobrándole ya gente de guerra,
Vio por medio del llano prolongada
Con prolijos extremos una sierra,
Do mandó ir al capitán Soletto,
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya más que terrible,
Se volvió desde el pie donde nacía,
Por no parecer cosa conveniente
Meter la gente donde no sabía;
Mas a mi parecer es imposible
Aquella sierra tal estar vacía;
He yo comunicado con varones,
Que no están fuera destas opiniones.

Ansí que, no de balde le decía
Al Ordaz el Taguato que siguiera
El río Caranaca, do se vía
Mejor disposición en la ribera;
Mas él no quiso por ninguna vía,
Sino continuar otra carrera;
Y de perseverar en su costumbre
El indio recibía pesadumbre.

Y ansí, por divertir su fantasía,
Como quien lo tenía bien corrido,
Bumbun temeretopo le decía,
Señalando de piedras gran ruido:
El bárbaro vocablo se entendía,
El propósito fue mal entendido,
Pues allí cada cual interpretaba
Según aquel deseo que llevaba.

Porque decían muchos chapetones,
O señores, que dijo Taguato
Del gran ruido de las fundiciones,
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfía,
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velásquez, que notaba
Lo que la guía dijo por entero,
Como sabio varón adenivaba
Cual había de ser el paradero;
Y por no dar pasión disimulaba,
No con simulación de lisonjero,
Sino porque cumplía de presente
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,

No menos de salud que provisiones,
Vinieron a topar con cierto salto
De peñascos y grandes farallones;
Do caían las aguas de más alto,
Y el ruido causaba confusiones,
Allí se conoció menos prolijo
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,
Cerca de no les dar las aguas uso,
Y la navegación toda resuelta
En se hallar Ordaz allí recluso:
Al fin determinó de dar la vuelta,
No menos perdidoso que confuso,
Y en breve tiempo, desde los raudales,
Llegó donde quedaba Gil González.

Halló la mayor parte dellos muertos,
La poca gente viva mal dispuesta;
De los amargos, aunque dulces puertos,
Procuró de sacar la que le resta;
Y para los salados más abiertos
Con toda brevedad se hizo presta:
Y desde entonces, visto que cumplía,
Por Domingo Velásquez se regía.

El cual dijo: "Pues son vuestros intentos
Hallar alguna tierra grandiosa,
Adonde podáis dar repartimientos
Que sean de grandeza generosa;
Yo sé, señor, tan ínclitos asientos,
Que con razón diréis ser buena cosa,
Donde podéis fundar pueblos potentes,
Por ser infinidad las destas gentes.

"No hallaréis ancón ni seno vaco
De prepotentes pueblos y lugares,
Desde la Trinidad A Cariaco,
Ni desde Cumana hasta Tagares:
Chichivielle, valle más opaco,
Guantar, Maracapana con sus mares,
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,
Provincia cada cual digna de amo.

"Hay Chacopate, hay Cumanagoto,
Piritú, las riberas del Unare,

Pues la fertilidad de Paragoto
Fáltame copia con que la declare:
Potente población de Cherigoto,
Con todo lo que dicen Mompiare;
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,
Y aquella gran potencia de señores.

"El feroz y terrible Turperamo,
Y el invencible siempre Barutaima:
El gran Guaramental, el Guayacamo,
Canima, Guaigoto, con Pariaima:
Gotoguaney, Perina, Periamo,
Sin otros muchos desta circunstancia,
Querequerepe, Canaruma, Guaima,
Con cercas de grandisima distancia.

"Aquestos dichos fuertes o cercados
Tienen señeros para su defensa,
De grosísimos árboles plantados,
Donde la verde rama se condensa:
Unos después de otros ordenados,
Con más vigor de lo que nadie piensa,
Pues aquel gran grosor que lleva hecho
Tiene de duración prolijo trecho.

"Otros palenques hay más estendidos
En muchos destos campos y zavas,
No de plantas de árboles nacidos,
Como las otras cercas más ancianas;
Sino de palos muy fortalecidos,
Y cada cual con dos o tres andanas,
Con las cintas espesas de bejucos,
O correosas yedras de arcabucos.

"Tienen las más insignes poblaciones
En unas mesas llanas asentadas,
Debajo de los macos, o mamones,
Plantados por hileras ordenadas,
Árboles de hermosas proporciones,
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;
Su vista da grandísimo contento,
Y el fruto dellos es de gran sustento.

"Por montes, por zavas, por oteros,
Do quiera que sus pasos hombre guía,
Hierva la gente como hormigueros,

Tanto que no veréis cosa vacía:
Gentiles pescas, grandes cazaderos;
Tierra de bendición, tierra sanía;
Hay minas de oro, mantas, y hamacas
Desde Cojagua hasta los Caracas.

"Por la costa de quien memoria hago,
Atravesando culmen y eminencia,
De la sierra que tiene nada vago,
Porque poblada es por escelencia,
Damos en Tacarigua, que es un lago
De siete leguas de circunferencia,
Con islas dentro, do los infieles
Tienen jardines, huertas y verjeles.

"Si queréis que sus nombres os declare,
Pues la memoria dellas no se escapa.
Son Patenemo y Aniquipotare,
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;
Con otras, que si alguno las hollare,
Podría mejorar su pobre capa
Con el oro que tienen naturales
En joyas y preseas principales.

"Aquesta crecidísima distancia,
Poblada de cristianos, se haría
Un reino de gradísima sustancia,
Dispuesto para toda granjería;
Paréceme negocio de importancia
Y digno de seguirse con porfía;
Si con sus circunstancias es aceto,
En las manos tenemos el efeto."

La dicha relación, aunque sumaria,
Al Ordaz dio grandísimo contento;
Y así sin responder cosa contraria,
En esto colocó su pensamiento:
Llegó con los navíos pues a Paria;
Puso luego por orden el intento,
Sin quitar desde puerto todavía
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,
En las cosas de guerra muy añejos,
Prestos en los asaltos repentinos
A las agudas armas y consejos;

Y en este nuevo reino son vecinos
Algunos, aunque pocos e ya viejos,
Como Joan de Portillo, cabal hombre,
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuesto todos pues a la carrera,
Procuró de enviar incontinente
Al capitán Alonso de Herrera,
A Diamaima, puerto, con la gente;
Y el quiso caminar por la ribera
Con pocos, que serían como veinte,
Para que todos ellos se embarcasen
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso
De cumplir fielmente su concierto;
Mas con fuerza de tiempo fortunoso
Nunca pudo tomar el dicho puerto:
Corrió la costa baja desgustoso,
No hallando repáramo cubierto,
Que Cumaná, do hizo su parada,
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebía
Se llevaba de aquesta pertenencia;
Y a causa de que cuando se cogía
El bárbaro hacía resistencia;
Había fuerza ya, de que tenía
Andrés de Villacorta la tenencia,
Y en esta fortaleza recogida
Gente de guarnición bien proveída.

Estando pues como de los cabellos,
Deseando huir de sus aprietos,
La gente del Ordaz holgó de vellos
Para comunicalles sus secretos;
Y así se rebelaron muchos dellos
Al Herrera, perdiendo los respetos;
Finalmente, que no por buenos modos
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua
Que formaban los que se vían fuera
De los angostos barcos y del agua,
No menos que forzados de galera:
Prendió luego justicia de Cubagua

Al capitán Alonso de Herrera;
Pero por ser bien quisto de soldados,
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados a la playa, deseada,
Ordaz con el consorcio diligente,
Y conociendo todos que el armada,
Arribó por aquel inconveniente,
Con boga de piraguas bien guiada
Luego fueron en busca de la gente;
A Cumaná llegó, do saltó luego,
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta vía.
Ni sosegar fiel de justo peso,
Pero Ortiz de Matienzo, que regía,
Lo hizo dañador, y hizo lesa:
El cual, por aquel orden que quería,
A Castilla también lo llevó preso,
Y así se perturbó su buen intento
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba
Cubagua, por aquellas pretensiones
De los muchos esclavos que sacaba
Destas grandes provincias y regiones;
Y entonces y después abominaba
De quien tenía tales intenciones:
Y como causa fue que se estorbase,
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordaz de aquella suerte,
Con tantas ocasiones de tristura,
Enfermedad le dio de mal tan fuerte,
Y de tan poco fruto fue la cura,
Que le llegó la hora de la muerte,
Donde tuvo la mar por sepultura,
Y quien en aguas sepultó sin duelo,
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fue Cortesano de gentil aviso,
Y en todas buenas partes de belleza;
Quien bien lo conoció dice que quiso
Esmerarse con el naturaleza;
Dele nuestro Señor su paraíso,
Que es la cabal y cierta gentileza,

Y el descanso de vida transitoria,
Que le faltó, le de Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados
Hubo, como ya dije, gran mudanza;
Pero los nobles más aficionados
No dejaban de estar con esperanza,
Que después de sus pleitos acabados
Había de volver con más pujanza,
Y como fidelísimos varones
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza,
Muchos dellos a Paria se volvían
A sustentar aquella fortaleza
Entre tanto que del Ordaz sabían;
Y muchos con trabajos y pobreza
Entre los de Cubagua residían,
Entreteniéndose por su partido
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,
Llegó con gente bien aderezada
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico
Para perseverar en su jornada,
Al Ordaz publicando por inico
Por la razón atrás conmemorada,
Y a su devoción trajo brevemente
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido
Diciendo que el Ordaz era ya muerto,
Los unos lo tenían por fingido,
Otros lo publicaban por muy cierto:
Al fin Sedeño fue bien recibido
De la más noble gente deste puerto,
Con los cuales pasó más adelante,
Y luego contaremos lo restante.